

EDITORIAL

¿QUÉ PIENSA LA SOCIEDAD ANTE FENÓMENOS RELACIONADOS CON EL USO DE DROGAS Y ALCOHOL?

En la actualidad es común asistir con cierto estupor a noticias tales como “durante el fin de semana perecen 32 ó 39 personas, siendo 21 de ellas, personas menores de 25 años en accidentes de tráfico”. Este titular, cogido al azar de un diario, se repite hasta la saciedad casi todos los fines de semana, pero haciendo especial hincapié en que de éstos fallecidos, un elevado porcentaje había consumido bebidas alcohólicas. En concreto en el ejemplo que nos ocupa era de casi el 37% de ellos.

Al mismo tiempo vemos que una de cada tres copas que se consumen por la noche en el tramo final de la semana es de whisky (la bebida con más graduación, seguida del ron, brandy y ginebra), mientras que se mantiene el consumo de cerveza y vino.

Asimismo, nos encontramos con noticias tales como que aumenta el número de drogodependientes por cocaína y alcohol y baja el de los consumidores de heroína.

La cocaína es consumida por el 7,8% de la población de la Comunidad Valenciana, inmediatamente después del cannabis que sigue encabezando el ranking de consumo de sustancias ilegales. Siguiendo el repaso de prensa, y por aportar un nuevo dato a la reflexión, el número de consumidores ascendía hasta 100.000, en nuestra Comunidad.

El usuario tipo de cocaína suele gastarse unos 1300 € al mes para soportar el vicio, ronda los 30 años, y por supuesto, empezó el consumo de esta droga con anterioridad. Es un consumo el de esta sustancia excesivamente frecuente, casi social, sin conciencia de riesgo y con agravamiento de problemas tanto de tipo orgánico como de tipo mental.

Según los datos del SECAD, del Plan Nacional sobre Drogas, las demandas de atención por uso de cocaína están experimentando un crecimiento, no diremos que exponencial, pero sí con una curva con una pendiente elevadísima, lo que hace que los centros de atención específicos, así como los centros de urgencia de hospitales, etc. sean cada vez más conscientes de la aparición de multitud de trastornos derivados del consumo, así como la aparición de problemas que, aunque estuvieran latentes o presentes, con el uso de estos psicoestimulantes se agravan y aparecen conductas, pensamientos, juicios y unas patologías difíciles de controlar.

No es infrecuente encontrarnos en los centros asistenciales el incremento de consumidores de cocaína entre las personas incluidas en los programas de metadona y que nos dicen que “ahora solo tienen que preocuparse de conseguir cocaína diariamente porque la metadona ya disponen de ella”.

Otro fenómeno que, tristemente, cada día es más habitual es la aparición de las formas más económicas y a la vez más destructoras y disgregadoras del pensamiento, del comportamiento y de la adaptación social como es el caso de la cocaína en su forma de

base libre y la de crack, a la que los propios camellos y traficantes, se encargan de asociar algún componente opiáceo de segundo orden para que se haga más “golosa” y adictiva.

Por supuesto no nos vamos a olvidar tampoco de las drogas de síntesis, tan extendidas y magnificadas, al tiempo que infravaloradas por los consumidores, y que no dejan de ocasionar desde problemas adictivos a largo plazo como problemas de salud derivados de su consumo. Nos referimos en este sentido a golpes de calor, algún cuadro psicótico y conductas transgresoras de diversa índole que no dejan de producir alarma social.

¿Qué decir del cannabis? La sustancia ilegal más extendida, la más magnificada, la que socialmente es considerada como de bajo rango dentro de los riesgos y al que un montón de personajes piden que se legalice, de todas y por todas las maneras posibles, como una muestra de libertad, además de atribuirle unos supuestos valores clínicos, que es posible que tengan, pero siempre en las formas farmacológicamente tratadas y adecuadamente dispensadas.

En mis 30 años de experiencia clínica yo no he conocido personas que sean seres más inteligentes, ni mejores personas, ni más libres, ni más capaces por el simple hecho de fumar cannabis, en cambio si que he visto deterioros de la personalidad que, a lo mejor no se hubieran producido, de no haber fumado cannabis en cantidades importantes.

A lo largo de nuestra experiencia, vemos que los inicios tempranos de consumo de sustancias, de la carencia de sentimientos de riesgo, de la desinformación, de la presión ambiental a tomar casi cualquier cosa entre los amigos, en determinados ambientes y en determinados lugares. Es preocupante la inercia que encamina a ese consumo y que se basa en la falsa sensación de la diversión, el máximo placer o en tesis que defienden que dichas drogas facilitan la comunicación, la prepotencia, la inteligencia, la sensación de placer, que igualan a ambos sexos, que facilitan las relaciones interpersonales, etc.

Ante este tipo de situaciones; ante la aparición de determinados lugares específicos de consumo, léase “Botellón”, pubs, discotecas, despedidas de solteros y solteras, etc, así como ante la gran extensión del consumo; ante determinados ejemplos sociales promovidos por ciertos programas de radio o televisión; ante determinados personajes siniestros y la utilización de ‘pseudopersonajillos’ de medio pelo; así como ante una cierta sensación de derrota de que la lucha se pierde por todas partes, que no hay manera de controlar ni mejorar la conciencia social del riesgo del uso de sustancias de riesgo y capaces de crear adicción y múltiples complicaciones, es necesario tomar medidas.

Esta derrota hace que incluso el modelo social del joven ya parta de premisas como que es imprescindible el consumir, que “lo hacen todos”, que no pasará nada porque su nivel de conciencia de riesgo es bajo, su información mala o nula, la presión ambiental seria y especialmente muy condicionadora hacia el consumo.

De todo esto que hemos venido mencionando, hay intentos para mejorar dichos procesos sociales, pero se está demostrando, para desgracia de muchas de estas personas, que la prevención no llega todavía a cubrir ese espacio tan vital y necesario de la propia información, formación y responsabilidad individual y colectiva. Además de que cada vez más, para personas con cierto poder adquisitivo, las drogas se han convertido en bienes de consumo a los que hay que acceder, como se accede a un coche

a una moto, a una determinada vestimenta o a un determinado modelo social donde si no consumes puedes ser apartado por no estar en la misma onda que tus compañeros o grupo de amigos.

Quizás la sociedad en su conjunto prefiere adormilarse, pensar en cosas que les son más inmediatas y abandona el compromiso social y solidario de hacer entender los riesgos que, como grupo humano, corremos si no mejora esta situación. Estamos viendo como el incremento de la filosofía del consumo de drogas psicoestimulantes está agravando una determinada irresponsabilidad, una determinada forma de “pasar a la acción”, de alterar las conductas, de agravar cuadros delirantes, paranoides, con unos niveles de agresividad desconocidos anteriormente, lo que motiva que cada vez más se produzca una mayor psiquiatrización de la vida del consumidor o del toxicómano. Pero el problema no se queda aquí. Esta filosofía está provocando también que la sociedad y los profesionales necesiten ampliar los recursos que se invierten para su lucha. Asistimos a un incremento de profesionales implicados en un proceso que por desgracia no tiene una fácil solución, y a que las familias se sientan atemorizadas, e impelidas a actuar demandando más servicios de emergencia social, médica o psiquiátrica por sus conductas y complicaciones. Y es que, no hay que olvidar que hay en la calle una grandísima oferta de estas sustancias y en la sociedad una capacidad limitada de impedir que dichas drogas lleguen al consumidor. Por mucha legislación que haya no es posible impedir que se beba en cantidad o que se trafique con todo lo que hay que traficar, porque las drogas tienen un fin económico para quienes las producen, las magnifican y viven de ellas, aunque sean próximas incluso a poderes, propios o extranjeros. No es descabellado pensar que en el mundo de la delincuencia se empieza traficando con cannabis para luego pasar a la dinamita, del tipo que sea, para alterar la vida ciudadana, a costa de producir mucho dolor y mucha muerte.

En los momentos actuales hay que tratar de sensibilizar a la sociedad, de que una parte de gente que debe trabajar, que está en su fase más productiva, que son la esperanza de nuestra sociedad y nuestro futuro, están arrojando sus vidas por la borda. ¿Por qué no somos capaces de romper con esta inercia que se está llevando por delante a una generación de personas valiosísimas y que son el futuro de nuestro país?

Para lograr esto se debe pedir una mayor implicación de todos los agentes capaces de mejorar la conciencia social, la Administración, los grupos responsables de crear opinión, los medios de comunicación, la escuela, los centros dispensadores y distribuidores de sustancias capaces de crear adicción, los profesionales sociales, educativos, sanitarios, los modelos sociales de música, deporte, estilos de vida, moda, etc. Para cambiar un rumbo que, a mi entender, de no tomarse a tiempo las medidas adecuadas, sería un claro indicativo del fracaso de nuestra sociedad.

Por cierto, por si a alguno le quedan dudas, no me sirve el criterio de que legalizándolo todo habría menos problemas, esa es una de las falacias que adormece a muchos de nuestros conciudadanos y les limita su capacidad de lucha e implicación en esta pelea.

Dr. Miguel Ángel Torres Hernández.

Miembro del Comité Editorial de Salud y Drogas.

Jefe clínico de la Unidad de Alcoholismo y Toxicomanías de Torrent.

Ex-presidente de Socidrogalcohol.

Patrono de la FEPAD.